

HUELLAS DE AYER

Nunca me gustó andar sola por el bosque. Desde muy niña, la fascinación y el miedo poblaron al unísono la umbría nemorosa de mi imaginación con seres adorables y seres abyectos: pajarillos de oro y lobos hambrientos; ondinas de estanques y brujas malévolas; ogros despiadados y niños valientes...Tras el mágico “*Había una vez*” de los cuentos infantiles, todo era posible en su interior. Y en ese *todo* el bien y el mal se acercaban imperceptiblemente.

Aquel martes de mediados de febrero, sin embargo, la incursión entre los pinos y los roquedales de la sierra de Guadarrama me parecía un plan magnífico. Iría con una de mis mejores amigas, senderista experimentada, que ya me había dado mil y una recomendaciones para emprender la marcha. Gracias a ella, me había provisionado de cuanto pudiera resultar útil o necesario. Sé que había exagerado un poco, porque el camino elegido no iba a ser ni muy largo ni muy difícil, pero conociendo mi escasa pericia con la montaña, no estaba de más.

El jueves anterior había caído una nevada impresionante en toda la sierra y, aunque durante el fin de semana no nos atrevimos a acercarnos por miedo a las largas retenciones de subida y al colapso en los aparcamientos, para ese día la mayor parte de la gente estaría ya trabajando y podríamos disfrutar de una naturaleza que respiraba a su propio ritmo y no al de las masas de visitantes. La mañana no podía ser más prometedora. Un sol radiante, aunque apenas tibio, unido a la transparencia del aire invernal, nos proporcionaría una visibilidad casi infinita desde el mirador de Las Canchas.

Pero los planes estaban a punto de torcerse tan solo dos horas antes de que comenzase nuestra ruta. En el último momento mi amiga me llamó: el coche la había dejado tirada a unos treinta kilómetros de su casa y la avería no presentaba buen aspecto; tenían que llevarse el vehículo al taller y no disponían de uno de sustitución en un plazo de tiempo lo suficientemente breve como para acudir a mi encuentro. Lamentándolo en el alma, tendríamos que aplazar nuestra cita con La Barranca...

Mi primer impulso fue abandonar el plan y resignarme a un martes anodino de compras, limpieza, lectura y paseo por la ciudad. Ignoro qué me pasó, pero después de enumerar mentalmente las alternativas que acababan de presentarse ante mí, puse todo mi empeño en olvidar por una vez cualquier tipo de aprensión y hacer el mayor acopio de confianza posible. Finalmente, y con un alarde de imprudencia inusitado y sin duda poco oportuno, decidí no renunciar a aquella jornada de nieve y de sol. Aunque fuera sola. Tuve, eso sí, la precaución de llevar cargado el teléfono y conectada la ubicación. Estaba convencida, además, de que no faltarían excursionistas que, como yo, anduvieran por una senda siempre tan transitada.

Cuando llegué al aparcamiento una hora y media después, no encontré allí más coche que el mío. Miré alrededor con cierta inquietud y sentí que mis latidos cardiacos se descontrolaban. Respiré con calma. Me regañé como a una niña pequeña y me di ánimos. Iba a ser un paseo precioso. Y serviría para demostrarme a mí misma de qué pasta estaba hecha. Me calcé las botas, cogí la mochila y los bastones y me dispuse a iniciar la senda. Pronto se me olvidaron los temores y me dejé llevar por la armonía del paisaje. El olor de los pinos, entreverados aún de nieve, el azul intenso del cielo y la caricia del sol me producían un gozo elemental y primigenio. Me sentía inmersa en el terreno, como si fuera una más de las piedras del camino o cualquiera de los tejones, buitres o cigüeñas que debían de frecuentar los alrededores.

Concentrada como estaba en sentir el pulso de la sierra, me sobresalté al oír unos pasos detrás de mí. Ni siquiera me atrevía a girarme para ver de qué o de quién se trataba, pero en menos de un minuto comprobé que otra mujer, tan sola como yo, se colocaba a mi altura. Después de presentarse, me preguntó si tenía algún problema en que hiciésemos juntas el trayecto. Me pareció agradable y acepté su compañía. Gracias a sus indicaciones y al ligero desvío que me señaló, pude contemplar el bello entorno de la presa, que de otro modo seguramente me habría pasado desapercibido. El perfil de las montañas, del cielo y de los árboles reflejados en el tranquilo espejo de las aguas me pareció doblemente hermoso.

No nos detuvimos demasiado tiempo allí, a pesar de que me hubiera gustado, porque Celia —así se llamaba— me recordó que estábamos al

comienzo de la ruta. Debíamos continuar si queríamos aprovechar la mañana. Seguimos, pues, hasta entrar en un sendero bastante más estrecho, el Camino Ortiz. La vegetación, cerrada ahora, sombreaba casi todo el trayecto. Sentí entonces un frío inesperado, a pesar de que la subida se hacía más exigente por momentos. El súbito desplome de la temperatura se acentuó cuando Celia me habló del mirador de Walpurgis. Aquel nombre de reminiscencias fantasmagóricas me devolvió el estremecimiento infantil de los relatos de misterio y de terror. Sin darse cuenta del cambio que se había operado en mi estado de ánimo, mi compañera señaló también el ruinoso edificio que fuera en otro tiempo Hospital del Santo Ángel. Yo había oído hablar de él. Se construyó como un sanatorio especializado en el tratamiento de la tuberculosis. Por una parte, el aislamiento de la zona; y por otra la altitud, junto a la pureza extrema del aire, hacían de aquel emplazamiento un lugar idóneo para ese tipo de dolencias respiratorias. Creo recordar que más tarde habría de convertirse en un centro psiquiátrico...

Nos habíamos quedado en silencio. Y así continuamos durante un buen trecho. En realidad se disfrutaba mejor de los sonidos de la naturaleza, aunque no dudábamos en comentar cualquier detalle que mereciese la pena. Compartíamos con gusto nuestros pequeños descubrimientos: un acebo de fruto tardío, unas huellas de zorro, el canto de algún ave...Celia era, sin duda, una mujer experta y conocía bien la zona; de hecho, ya antes me había comentado que recorría con frecuencia aquellos caminos.

La subida la había hecho toser en varias ocasiones. Pero eso no la detenía; andaba ligera y su conversación, siempre medida, volvía a resultarme grata y tranquilizadora. Yo había recuperado también el calor corporal y la sensación de alarma había desaparecido. Cuando llegamos por fin al mirador de Las Canchas, tuve la impresión de ser muy pequeña frente a la imponente presencia de aquellas alturas. Me sentí especialmente atraída por la silueta de La Maliciosa. Cubierta de nieve hasta muy avanzada su ladera, parecía un bloque de hielo majestuoso y lleno de luz. El sol le arrancaba destellos casi cegadores contra un cielo nítidamente azul.

Enseguida emprenderíamos el regreso, pero primero había que reponer fuerzas. Comimos con gusto unos bocadillos que ambas portábamos en

nuestras mochilas; dimos buena cuenta de unos deliciosos frutos secos y nos hidratamos a placer. Después, tocaba el descenso. Celia me acompañó hasta el aparcamiento, donde mi coche seguía estando tan solitario como antes. No lo entendí. ¿Dónde estaba el suyo? Iba a preguntárselo, cuando me dijo que debía regresar por el mismo camino que nos había traído hasta aquí:

— No he querido dejarte sola, por si te perdías; o te ponías nerviosa; pero tengo cita con mi neumólogo —aclaró—. He salido sin su permiso, y no puedo faltar, esta maldita tos todavía no se ha curado del todo; descuida, ya no es contagiosa. El aire del paseo me ha sentado estupendamente.

Y volvió sobre sus pasos mientras movía la mano en señal de adiós.

Pseudónimo: Aletheia

Fátima Chamorro Merino